

Crítica de la comunicación

Lucien Sfez
Amorrartu. Buenos Aires. 1995. 511 páginas.

Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis

Anibal Ford
Amorrartu. Buenos Aires. 1994. 244 páginas.

Migración, cultura, identidad

Iain Chambers
Amorrortu. Buenos Aires. 1995. 201 página

Recurrentemente los estudios sobre la cultura del siglo XX vuelven al texto fundador de Walter Benjamin, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, de 1936. Benjamin había detectado allí un problema central del arte y la cultura en el momento en que comienza la desintegración de su modernidad: aquel punto en que ya es imposible separar en «alto» y «bajo» o «letrado» y «popular» pues las prácticas y gustos, a través de la industria cultural, pierden sus contornos y tienden a uniformarse. Tiende a uniformarse, en realidad, el proceso del consumo cultural con la aparición de los grandes públicos y la retracción de los individuos. Aquí -en este nuevo espacio cultural surge, sin duda, la comunicación como un objeto, disciplina, discurso y práctica que progresivamente va ocupando el espacio de la reflexión cultural.

Benjamin también había llamado la atención sobre el nuevo protagonismo del anonimato: cada vez hay más escritores y menos lectores: «Durante siglos las cosas estaban así en la literatura: a un escaso número de escritores se enfrentaba un número de lectores mil veces mayor. Pero a fines del siglo pasado se introdujo un cambio. Con la creciente expansión de la prensa, se proporcionaba al público lector nuevos órganos políticos, religiosos, científicos, profesionales y locales, una parte cada vez mayor de esos lectores pasó, por de pronto ocasionalmente, del lado de los que escriben»¹. Estos nuevos fenómenos, que a principios de siglo se los veía aún formando parte de la cultura letrada, son, precisamente, los que comienzan a desintegrar el aparato cultural que durante siglos había perpetuado sus medios de reproducción. Desde entonces, los *otros* del letrado aparecen en la cultura pero como *otros* que quieren tomar parte activa y obtener hegemonía: «Quitarle su envoltura a cada objeto, triturar su aura, es la signatura de una percepción cuyo *sentido para lo igual en el mundo* ha crecido tanto que incluso, por medio de la reproducción, le gana terreno a lo irrepetible» (p. 25).

¹Walter Benjamin: «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica» en *Discursos interrumpidos 1*, Taurus, Buenos Aires, 1989, p. 40.

Estas reflexiones cobran nueva dimensión ante la comunicación como saber, como discurso y como objeto. Los libros que comentamos pertenecen a una colección de editorial Amorrortu sobre el tema y son una buena muestra de las derivaciones del pensamiento contemporáneo. Derivaciones es una palabra bastante precisa para describir el trabajo de Iain Chambers. El libro vaga, más bien que reflexiona, por una serie de tópicos de la experiencia contemporánea, marcada según el autor por la desterritorialización, la migración y la pérdida de experiencias raigales. Aquí hablar de autor es usar una figura retórica. Chambers compone su texto como *collage* de citas, borrando su propia voz y tramando ideas, imágenes y voces de los grandes o anónimos migrantes y subalternos de las últimas décadas.

Su visión de la cultura, profundamente crítica de la modernidad, se abre a un rescate de las nuevas experiencias de cruce, de préstamos, de reciclaje que se viven en los paisajes desterritorializados de las ciudades contemporáneas. Abiertamente se coloca en la perspectiva de los «estudios culturales» pero definidos no como nueva disciplina sino como «una herida en el cuerpo del conocimiento, expuesta a las infecciones del mundo», es decir, lugar de migración y borramiento del saber. Desde esa tachadura disciplinaria Chambers argumenta contra el universalismo, la homogeneidad, el historicismo y los valores occidentales que han sido discriminatorios y violentamente represivos y dirige su mirada al devenir de los sujetos y las prácticas culturales. Su visión, si bien crítica, es positiva cuando describe los procesos contemporáneos pues, a su juicio, hay poco que perder si se derrumba el edificio de la tradición letrada occidental.

Su apuesta pasa por los saberes y prácticas subalternas, por la descolonización de los discriminados, lo que equivale a destruir los valores culturales universales para colocarse por fuera de límites y fronteras: «Debemos ir más allá de las ideas de nación, nacionalismo y culturas nacionales para encontrar un conjunto pos-colonial de realidades y una fonna de pensamiento crítico que debe reescribir la gramática y el lenguaje del pensamiento moderno concentrándose más allá de las fronteras patriarcales, de las preocupaciones eurocéntricas y su presuntuoso «universalismo» (p. 153).

Por el contrario, el de Lucien Sfez es un extenso libro donde se pasa revista a los nuevos teóricos de la comunicación, de la inteligencia artificial, de las máquinas inteligentes y las nuevas tecnologías. La crítica es sumamente detallada, desgranando argumentos y pensándolos en sus alternativas y diferentes valencias. En el fondo, el libro es la reflexión de un europeo que no deja de ver con escándalo contenido de qué modo se mueve el saber en la coyuntura de los cambios radicales que se

están produciendo en el mundo contemporáneo: un saber aproximativo que se niega a pensar en resultados, en necesidades, en fin, en los contenidos éticos, sino que corre detrás de sí mismo. El libro es una crítica al saber utilitario, sin tradición, de las universidades y centros de estudio norteamericanos. El concepto con que define ese saber y su correlación en la cultura masiva, los medios, es el de *tautismo*: «neologismo formado por la contracción de 'tautología' (el 'repito y por lo tanto pruebo' corriente en los medios) y 'autismo' (el sistema de comunicación que me vuelve sordo y mudo, aislado de los otros, casi autista), neologismo que sugiere una mirada totalizadora, incluso totalitaria (la materia viscosa que me adhiere a la imagen, la realidad de la cultura visual, realidad siempre mediada, que se exhibe por lo tanto como realidad primera). En otras palabras, tomo en adelante la realidad *representada* como realidad directamente *expresada*, confusión primordial y fuente de todo delirio» (p. 23).

Presupuestos como que hay que devolverle a la cultura «el carácter general que ha perdido» son los que le permiten a Sfez abordar la crítica de la comunicación, definida como «el recurso de una comunidad pobre en símbolos históricos » pues «para asegurar su cohesión las sociedades con memoria se sirven de la historia; las sociedades sin memoria de la comunicación » (p. 42). Desde allí se pasa revista a las teorías contemporáneas de la comunicación y de la cognición y a sus metáforas: la sociedad Frankenstein, el efecto bola de billar.

Habermas, Simon, Searle, Ehrhard, Winograd, Bateson, Minsky, Von Foerster, Ellul, Baudrillard, Watzlawick, Maturana, Varela, Palo Alto, MIT, entre otros, son los nombres e instituciones cuestionadas en sus métodos y resultados por Sfez. Las máquinas como segundo *self*, la comunicación como ley, la naturalización de los mensajes, la nueva episteme que desconoce la tradición de la que proviene son los puntos que el autor critica; frente a ellos la función intelectual de interpretar, de comentar y de aceptar el malentendido como parte de la comunicación le devolverían a la práctica comunitaria un sentido político, pues colaboraría en des-naturalizar los mensajes tautistas y autoritarios de la cultura contemporánea. Sfez hace una apuesta por los valores éticos y políticos hoy ausentes de la reflexión cultural. Chambers también la hace pero con los argumentos opuestos.

Por su parte, el libro de Aníbal Ford (director de la colección) trata de reflexionar sobre estas experiencias globales en el contexto de América Latina. Es decir, es un texto atento a las diferencias, que abre zonas problemáticas en el marco de una agenda cada vez más homogénea de tópicos culturales. Esas diferencias son las que tienen lugar en las ciudades del subcontinente donde crece «la semiotización

de América Latina en un marco de creciente pobreza material» (p. 214). Las metáforas de Ford son el *conventillo global* y *las budíneras usadas como antenas parabólicas* para conectarse con el satélite desde la pobreza y la exclusión.

La pregunta formulada es qué hacen los sectores medios y populares, que han aprendido o tienen que aprender a integrar la crisis a sus proyectos personales, con los instrumentos recibidos de los medios. Ford toma los medios como forma sin detenerse en sus diversos materiales. La hipótesis --he allí su pregunta- es que «la producción cultural y social pasa tanto por los medios como por fuera de ellos. Son tan erróneas las tesis de la massmediatización social como su reverso alternativista, negador de los medios. Los medios son poderosos pero también es poderosa la producción social cultural que pasa por afuera de ellos» (p. 129).

El interés teórico de Ford consiste en plantear preguntas acerca de cómo se dan esos procesos del afuera, que constituyen las experiencias de la «orilla del Primer Mundo» desde donde y sobre el cual escribe, es decir, cómo se producen respuestas culturalmente heterogéneas y localmente marcadas en sociedades sometidas al consumo global. Medios y ciudad son los espacios de esa producción. «Es decir, quise ubicar mi interés por lo micro como una posición coyuntural, correspondiente a esta etapa histórica." El *link* entre lo micro y lo macro pasa a ser fundamental en la comprensión de América Latina ... Hay un multiculturalismo que trata de resolver con justicia y democracia los problemas derivados de las diferencias étnicas y culturales. Pero hay otro que es industrializado, y que oculta los conflictos» (p. 211). La preocupación del autor por la idea de experiencia, y cómo pensarla, recorre los diferentes artículos reunidos; ese interés explica la inclusión de un comentario sobre la novela *Sudeste*, del escritor argentino Haroldo Conti, leída con las mismas interrogaciones con que se leen las prácticas contemporáneas de los sectores populares: los procesos culturales son complejos y «la sociedad tiene otras redes de comunicación e información, de construcción de sentido. Y sigue diferenciando lo factual de lo simbólico» (p. 228). Este libro, con diferencias, se inscribe en la tradición de autores como Jesús Martín Barbero y Néstor García Canclini, fundadores de la reflexión sobre medios y cultura urbana en América Latina.

No deja de llamar la atención en esta colección _y en otras afines temática y metodológicamente- la nueva forma que adquieren los libros: parecen dar por supuesto que el lector sólo «entrelee» o pasa una mirada rápida sobre ellos. Casi siempre están plagados de repeticiones (las mismas citas dos y tres veces, los mismos ejemplos en diferentes capítulos y para argumentos diferentes). Refundición de *papers*, de artículos breves, los «nuevos libros» son más afines a las lecturas por medios electró-

nicos, con los que fueron escritos, que a la tradicional lectura sedentaria, «letrada», pues gran parte de la escritura contemporánea se ha salido ya de esa tradición.

Para concluir, podríamos volver a Benjamin, quien en 1936 no parecía lamentarse de la pérdida del aura en las obras de arte pues la práctica estética se redimensionaba hacia una función radical: «En lugar de su fundamentación en un ritual aparece su fundamentación en una praxis distinta, a saber la política» (pp. 2728). Los tres libros parecen preguntarse, finalmente, dónde está hoy lo político, hacia qué práctica cultural ha migrado y cómo restituirlo en el mundo contemporáneo.

Graciela Montaldo